

# Recuperaremos el relato para la pedagogía

Mireya Valdés.

Normal Distrital María Montessori

Seguramente la existencia de la mayoría de nosotros ha estado poblada de relatos, las palabras de nuestros mayores nos embelesan con historias verídicas o fantásticas que han dejado en nosotros profundas huellas y enseñanzas, presentes incluso en nuestro inconsciente y evidentes en nuestro actuar.

Puede ser que la *Patasola* o la *Sombrerona* nos recuerden, a veces, que no es conveniente pasarnos de copas o deambular por sitios solitarios; también las historias de la *loca Margarita*, toda elegante gritando vivas al partido liberal nos evoquen gran parte del drama político nacional o los comentarios en torno al general Maza con sus metidas de pata nos inviten a mantener ciertas reglas de cortesía.

Estos son tan solo algunos relatos, probablemente comunes, pero qué decir de las historias de vida, patrimonio familiar, barrial o veredal que nos dejan ver formas de ser y de vivir, historias de amor y desamor, de violencia y de paz, de motivos para vivir y morir. También, como relatos nos llegan otros sitios, sus aromas, las comidas típicas o las sofisticadas, las hierbas medicinales, los conjuros, las formas de descubrimiento y uso de muchos instrumentos, el amor por nuestra tierra, las luchas, sinsabores y sueños de generaciones completas.

La oralidad de cada pueblo y grupo humano ha perfilado, generación tras generación, su cultura, su cosmogonía, su sabiduría. No se puede estudiar un pueblo sin tener en cuenta la riqueza de sus relatos. Qué podíamos decir de Grecia sin un relator como Homero o Sócrates y qué de los anglosajones sin los Nibelungos o los mayas sin el Popol Vuh y qué bien nos relata Gabo gracias a las historias de sus abuelos, tan solo para mencionar algunos ejemplos de los más conocidos.

Gracias a la conservación en la memoria histórica de algunos sobrevivientes de los grupos indígenas reconocemos el valor científico inmerso en los relatos ecológicos de estos grupos.

El relato nos nutre, prefigura y dimensiona, dice cómo fuimos y, sobre todo, cómo somos en la dinámica del devenir humano, en qué somos diferentes y en qué iguales como personas, grupo, pueblo o nación y cuáles han sido y a qué obedecen nuestros cambios.

Infortunadamente con la modernidad y el advenimiento de la ciencia positivista, el relato fue relegado y mini-

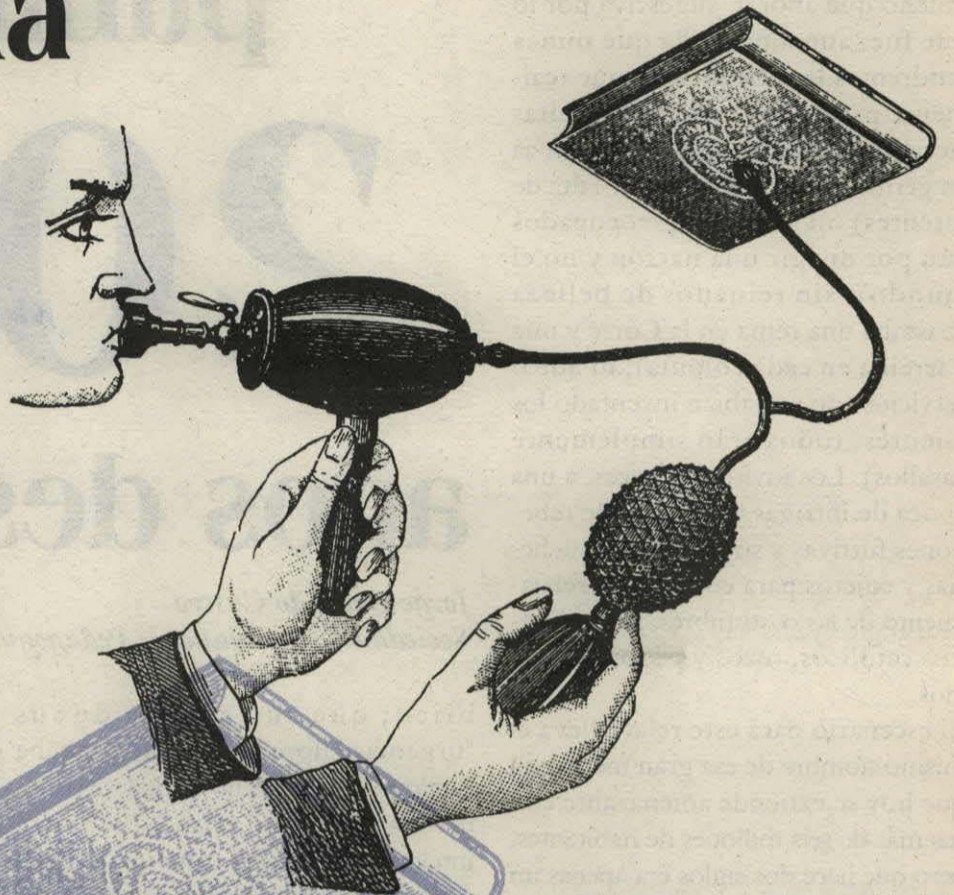
mizado, no contó con la aprobación de las esferas científicas que por entonces reclamaban y buscaban la rigurosidad, la universalidad, la generalidad, la neutralidad, la objetividad, la uniformidad, lo medible y cuantificable. Aparentemente, reñía con estas características demandadas para el reconocimiento académico. La ciencia, que todo lo fracciona, se separa con altivez de lo considerado por ellos mismos como superfluo y mundano.

La ciencia positiva ve el mundo como un laboratorio, lo separó ordenadamente, ahuyentó los sentimientos, la risa, el encantamiento. La ciencia da cuenta del resultado científico pero no se relatan los sinsabores, tropiezos y dudas y aproximaciones de los científicos, esto no es relevante se dice, sin embargo, cuán comprensible y agradable se torna un resultado científico cuando también tenemos la posibilidad de recorrer su camino. La ciencia positivista nos habla de la ley de Arquímedes pero oculta celosamente la desnudez, el estruendo y la alegría recorriendo las calles de Atenas ante el descubrimiento. ¿será que revelar lo humano de cada descubrimiento lo desmitifica y la ciencia positiva actuaba y aún hoy actúa como otro dios?, ¿cómo el mito oculto?, ¿cómo otro relato más?

Y si el relato está siendo convalidado como posibilidad investigativa en otras áreas ¿por qué no asumirla también para la de la pedagogía?

Las lecturas desde la macro-estructura de la escuela como aparato ideológico del Estado, alienante reproductor de la cultura dominante, la niegan como espacio contradictorio y heterogéneo, en el que concurren distintos imaginarios es insuficiente para explicar la escuela. Tampoco puede dar cuenta de ella la investigación que antes de plantearse un problema prioriza el consabido esquema de: marco teórico, formulación de las hipótesis, variables por tener en cuenta (es más lo que no se tiene en cuenta), etc., donde la legitimidad de los resultados está dada por la aplicación rigurosa de un método y no por la profundidad de la investigación en sí misma.

Como el relato, la escuela forma parte de la vida cotidiana de muchos individuos desde hace ya algunas centurias. En los relatos de escuela, en las conversaciones ocasionales, dibujamos lo que nos marcó, lo que nos a-



gravió, las formas intuitivas de resistencia para subvertir el orden establecido, las solidaridades, en fin, re- señamos la escuela desde nuestra propia y subjetiva objetividad. Pero si estos relatos se comparten entre pares el dibujo de la escuela va apareciendo en su uniformidad, descubrimos entonces aspectos importantes de una escuela en un momento dado.

Algunos talleres que se realizaron en la Licenciatura en Primaria de la Universidad Distrital y en algunos grupos de trabajo tuvieron este sentido, recuperar nuestra memoria en torno a la escuela, y se evidenciaron los imaginarios de escuela que poseemos, se hicieron patentes los aspectos negativos más protuberantes y algunos nos conmovimos hasta producir modificaciones en nuestras propias prácticas. No sólo resultó de esta actividad un conocimiento por la reflexión en torno a la escuela que nosotros vivimos sino que, en algunos casos, produjo modificaciones comportamentales que es lo deseable en los procesos de capacitación.

El grupo Escuela Universidad, conformado por docentes, centró la discusión en torno a los relatos de la escuela. Con pasión abordamos la vida escolar: las innovaciones y cada una de las pretensiones y obstáculos, la sexualidad, la conveniencia o no de los textos escolares, el papel de la ética y la estética, la violencia escolar, la estructura de la escuela, el papel de la disciplina, del orden y del caos, la poética, el conocimiento de la ciencia, el currículo y otros temas, pero no era tan solo discusión académica. Ésta se enriquecía por la rememoración de un sinnúmero de situaciones vividas por

los participantes, la heterogeneidad de experiencias y posturas, daban visos que desde la pura teoría difícilmente se pueden alcanzar, he ahí una cualidad que nos diferencia del mundo puramente académico, la investigación no se realiza para obtener reconocimiento sino, principalmente, para actuar sobre la realidad.

Pero el uso del relato no se da sólo entre grupos de trabajo permanente en la escuela, en cualquier espacio comunicativo se halla presente, las preocupaciones pedagógicas surgen de la vida cotidiana, las soluciones de nuevo se expresan bajo formas de relatos, yo hago..., en un caso parecido hice..., hoy me encontré una salida para..., infortunadamente el relato queda allí, un tanto perdido a falta de la necesaria reflexión y recontextualización y porque no hemos aprendido a leer tras sus líneas y sobre todo no lo valoramos en toda su dimensión y prodigalidad.

Valorar el relato de aula o escuela como forma de investigación supone rupturas en la forma de abordar el conocimiento de ella, aprender a leer de otra manera, menos literal, tanto lo que se dice como lo que no, las varias significaciones y mucho de alteridad, al otro, diferente y singular. Supone también la recuperación de la palabra del maestro, tan mencionada pero en la práctica subestimada, por los académicos.

Finalmente, hoy se hace necesario reconocer tal como lo plantea Edgar Morin que "la racionalidad tiene como misión dialogar con lo irracionalizable".

